

SAPIENTIA CRUCIS

El misterio de la Cruz en los escritos de Josemaría Escrivá de Balaguer

LUCAS F. MATEO-SECO

El misterio de la cruz del Señor es de primordial importancia en la espiritualidad y en la predicación del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. La cruz abrazando al mundo es el sello con el que gráfica e insistentemente quiso poner ante los ojos de quienes le seguirían a través de los siglos cuál es el quehacer del Opus Dei; entre los momentos de particular importancia en su itinerario espiritual se encuentra aquel en el que durante la celebración de la Santa Misa ve bajo una nueva luz el texto de Jn 12, 32: *Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*¹; también el sentido

1. Se trata de un acontecimiento al que el Beato Escrivá de Balaguer da gran importancia, y del que ha dejado testimonio escrito. Como es lógico, sus biógrafos suelen dedicarle especial atención. Cfr. p.e., A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Madrid 1983, 125-127; F. GONDRAND, *Au pas de Dieu*, París 1982 (trad. española, *Al paso de Dios*, Madrid 1984, 66-71); A. SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid 1989, 121-134. Conviene tener en cuenta que este acontecimiento está muy próximo en el tiempo a otro suceso también especialmente importante del que igualmente existe testimonio escrito y que, como es natural, también destacan sus biógrafos. Se trata de su «descubrimiento» interior de la paternidad de Dios, o dicho de otra forma, del «descubrimiento» de nuestra condición de hijos de Dios en Cristo. Cuenta el Beato Escrivá de Balaguer: «(...) sentí la acción del Señor que hacía germinar en mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente necesario, esta tierna invocación: Abba, Pater!» (*Carta* 9.I.1959; cfr. F. GONDRAND, o.c., 66). También se trata de unas palabras contenidas en la Sagrada Escritura (cfr Rom 8, 15; Gal 4, 6). La fuerza con que se graba en su alma la verdad de la filiación divina —somos hijos de Dios en el Hijo—, es marco adecuado para situar el «descubrimiento» de este texto joánico en que se destaca la gloria del Hijo al ser exaltado en la cruz. Sobre este asunto existe un trabajo del profesor Pedro Rodríguez, que citamos algunas veces, pero cuya lectura íntegra resulta de verdadera utilidad para nuestro tema (P. RODRÍGUEZ, *Omnia traham ad meipsum. El sentido de Juan 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer*, «Romana», 1991, 331-352).

del dolor y del sufrimiento encuentra en la pluma de Mons. Escrivá de Balaguer generosa atención y páginas de gran densidad espiritual².

1. *El seguimiento de Cristo*

«Métete en las llagas de Cristo Crucificado», aconsejaba frecuentemente. Comenta Mons. Del Portillo que tan bien le conocía: «cuando proponía este camino a quienes le pedían consejo para ahondar en la vida interior, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer no hacía más que comunicar su propia experiencia, mostrar el atajo que iba recorriendo a lo largo de todo su caminar terreno, y que le condujo a las más altas cimas de la espiritualidad»³. Su vida, en efecto, muestra una visión serena y recia, sencilla y amable de la cruz; se trata de la visión que brota de la cercanía al Crucificado.

Este «meterse en las llagas de Cristo Crucificado» es un aspecto más de lo que ha de ser tarea del discípulo de Cristo: seguir al Señor en cada momento; seguirle bien de cerca. Este esfuerzo ascético de seguimiento y asimilación a Cristo viene exigido por la configuración sacramental con Cristo que tuvo lugar en el bautismo.

Entre las homilías de Mons. Escrivá de Balaguer hay una de singular importancia para conocer su pensamiento ascético. Se trata de la pronunciada el 26.XI.1967, y que se titula *Hacia la santidad*. Se esbozan en esta homilía algunos trazos de lo que generalmente acontece en el itinerario hacia Dios. Este itinerario pasa por la unión con la Santísima Humanidad de Cristo: «Para acercarnos a Dios hemos de emprender el camino justo, que es el de la Humanidad Santísima de Cristo. Por eso, aconsejo siempre la lectura de libros que narran la Pasión del Señor. Esos escritos, llenos de sincera piedad, nos traen a la mente al Hijo de Dios, Hombre como nosotros y Dios verdadero, que ama y sufre en su carne por la Redención del mundo»⁴. Una de las razones más poderosas de su devoción al Santo Ro-

2. Las obras que utilizo del Beato Escrivá de Balaguer son: a) *Camino*, Valencia 1939; *Surco*, Madrid 1986; *Forja*, Madrid 1988, que se citan por el número correspondiente a cada punto; b) *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid 1969; *Es Cristo que pasa, Homilías*, Madrid 1973; *Amigos de Dios, Homilías*, Madrid 1977, que cito también por los números marginales; c) *Santo Rosario*, Madrid 1969; *Via crucis*, Madrid 1981.

3. DEL PORTILLO, A., *Prólogo* en J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Viacrucis*, Madrid 1981, 9.

4. *Amigos de Dios*, n. 299

sario y de su insistencia en propagarla estriba en que —bien rezado— el Rosario es un comienzo de contemplación de la vida de Jesús precisamente a través de la consideración de sus quince misterios.

Esta contemplación de la vida del Señor debe ser lo más viva y cercana posible. Muy parecido al consejo de «meterse en las llagas de Cristo Crucificado», es este otro que también daba con frecuencia: «meterse» en las páginas del Evangelio «como un personaje más», de forma que se haga vida propia la escena que se está considerando, con la mayor inmediatez posible⁵. En cierto sentido, se trata del esfuerzo por hacer con los primeros Apóstoles lo que bien podría llamarse «la experiencia» de la Humanidad del Señor: «Seguir a Cristo: este es el secreto. Acompañarle tan de cerca, que vivamos con El, como aquellos primeros doce; tan de cerca que con El nos identifiquemos»⁶. De ahí que, con lenguaje de pedagogo, utilice la gráfica expresión «meterse en las páginas de los evangelios como un personaje más» para señalar la proximidad con que el lector debe meditar y vivir estas páginas.

En este intento por acercar el Evangelio a la consideración de todos los cristianos, el mismo nos ha dejado dos breves escritos redactados primordialmente para su consideración personal de los misterios de la vida de Jesús: *Santo Rosario* y *Via Crucis*. Se trata de textos que siguen muy de cerca las palabras del Nuevo Testamento. Son textos sencillos, sobrios y entrañables. El consejo de «meterse como un personaje más en las páginas del Evangelio» resulta así contrapesado por la seriedad con que se produce la adhesión al texto evangélico, por la sobriedad con que se le presenta, renunciando a todo juego imaginativo. Diríase que el Autor se esconde detrás del texto, dejando hablar al evangelio o a la tradición, limitándose a subrayar algún trazo, a hacerlo vivo y actual. Quizás en este equilibrio entre sobriedad, vivencia personal y «dejar hablar» al texto evangélico estribe

5. El lector encuentra realizado hermosamente lo que Mons. Escrivá de Balaguer está intentando decir con estas palabras en la forma en que considera el misterio de la Anunciación en *Santo Rosario*. En el prólogo ha hecho una cálida invitación al lector a rezar el Rosario haciéndose pequeño, viviendo la infancia espiritual. He aquí cómo comienza la consideración del primer misterio: «No olvides, amigo mío, que somos niños. La Señora del dulce nombre, María, está recogida en oración. Tú eres, en aquella casa, lo que quieras ser: un amigo, un criado, un curioso, un vecino...—Yo ahora no me atrevo a ser nada. Me escondo detrás de ti y, pasmado, contemplo la escena: El Arcángel dice su embajada...*Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?*...»

6. *Amigos de Dios*, n. 299.

el mayor encanto de estas dos obras que, a más de un teólogo, no pueden menos que parecerle pertenecientes a un estilo *naïf*. Efectivamente, se trata de un estilo *naïf*—no en vano se está aconsejando entrar por caminos de infancia espiritual—, pero un estilo que, al mismo tiempo, interpela, anima, exige, como este breve punto de *Camino*: «Cristo ha muerto por tí.— Tú...¿qué debes hacer por Cristo?»⁷. Un estilo cargado de densa teología.

Los misterios de la Vida de Cristo y, concretamente, los de su Pasión y su Muerte vienen presentados, pues, en la más estricta sintonía con el texto evangélico, como si fuese expreso deseo del Autor no añadir nada de su propia cosecha. Y esta sobriedad —a la que acompaña una lectura de gran realismo— es quizás la mayor lección teológica de estas páginas. He aquí un ejemplo: «Orad, para que no entréis en la tentación.— Y se durmió Pedro.— Y los demás Apóstoles.— Y te dormiste tú, niño amigo..., y yo fui también otro Pedro dormilón»⁸.

Para el fin que se intenta no hace falta más; cualquier especulación distraería al lector, restando eficacia al misterio que se contempla. En esta perspectiva del seguimiento de Cristo y de piedad hacia la Humanidad del Señor ha de situarse cuanto el Beato Escrivá de Balaguer dice en torno al misterio de la Cruz. Puede afirmarse, a su vez, que sus consideraciones sobre el misterio de la Cruz son fruto de «haberse metido» en las llagas de Cristo crucificado.

2. La muerte de Cristo, vida del cristiano

Con este título pronunciaba una homilía el viernes santo de 1960⁹. Junto con su comentario al *Via crucis* es el texto más entenso que dedicó al misterio de la cruz. Como es lógico, la consideración de la Pasión del Señor en *Santo Rosario* es mucho más breve. La estructura de la Homilía es lineal y sencilla; es además reveladora de cuáles eran las principales reacciones que la consideración de la Cruz de Cristo suscitaba en su alma. Se

7. *Camino*, n. 299.

8. *Santo Rosario. Primer misterio doloroso*; la primera edición de este libro es de 1934. También en *Camino* (publicado en 1932 y 1934 con el título de *Consideraciones espirituales*), se nota en el Autor una gran simpatía por el camino de infancia espiritual. A este asunto dedicó allí dos capítulos. En el Prólogo de *Santo Rosario*, el Autor ha aconsejado vivamente al lector que se haga pequeño, que se haga niño. De ahí que a lo largo del libro le llame más de una vez «niño amigo».

9. *Es Cristo que pasa*, n. 95-100.

trata de un esquema, en efecto, en el que se sintetizan las principales consideraciones que, sobre este misterio, hace en el resto de sus escritos. Da la impresión, por ello, de que bajo la espontaneidad típica del género literario de homilía late un pensamiento constante, madurado largamente.

La homilía comienza con un breve resumen de la doctrina cristiana en torno a la muerte de Cristo —tanto del acontecimiento en sí, como de su sentido redentor—, para, desde aquí, tratar inmediatamente dos temas que le son muy queridos: la llamada universal a la plenitud de vida cristiana, y la tarea del cristiano ante la historia humana. La homilía concluye con una vibrante llamada a profundizar en el sentido de la muerte de Cristo, pues sólo en esa profundización adquiere el cristiano perspectiva adecuada para comprender la naturaleza de su misión.

Como en sus otros escritos, el Beato Escrivá de Balaguer se atiene en el resumen que aquí presenta de la Pasión a los conocidos datos escriturísticos, sabiendo seleccionar para recuerdo del oyente sus aspectos esenciales. Destaca, en efecto, que Cruz y Resurrección forman un solo misterio pascual en el que ambos aspectos se iluminan mutuamente; que el fundamento de nuestra fe lo constituye la Resurrección del Señor; que el misterio de la cruz está relacionado con la realidad del *mysterium iniquitatis*. Recuerda con fuerza que la cruz es, antes que nada, iniciativa de un Dios que «no abandona a los hombres»; ella es también el resultado de la libre elección de Cristo, es decir, del «deseo de cumplir el decreto salvador de Dios Padre». La cruz se encuentra inmersa en el misterio trinitario: «Dios Padre entrega a su Hijo a la muerte. Jesús, el Hijo Unigénito, se abraza al madero, en el que le habían de *ajusticiar*, y su sacrificio es aceptado por el Padre: como fruto de la Cruz, se derrama sobre la Humanidad el Espíritu Santo»¹⁰.

3. *El cristiano ante la historia humana*

Afirmar que el misterio pascual, es decir, el acontecimiento de la muerte y resurrección del Señor es lo que otorga sentido y salvación a la historia, implica considerar que toda la historia se anuda y recapitula en la Cruz de Cristo. La Cruz recapitula nuestra historia personal y la de toda la humanidad; sintetiza nuestra historia personal, pues este misterio se prolonga en la vida del cristiano: «el cristiano está obligado a ser *alter*

10. Ibid., n. 96.

Christus, ipse Christus, otro Cristo, el mismo Cristo. Todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, *para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo* (1 Pedr 2, 5), para realizar cada una de nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión del Dios-Hombre»¹¹.

Es teológicamente significativo que la consideración del misterio de la cruz y su prolongación en nosotros lleve al Beato Escrivá de Balaguer a destacar antes que nada el papel que en esto juega el sacerdocio de los fieles¹². Es bien conocida su insistencia en la especificidad de la vocación laical como tarea de santificar las ocupaciones seculares, santificando este mundo al compás de la propia santificación. El sacerdocio que Cristo ejerce en la cruz se perpetúa en la historia por el ejercicio que hacen los fieles de su participación en el sacerdocio de Cristo. Ellos realizan en su tiempo «la misión del Dios-Hombre» precisamente al redimir a su tiempo y a su mundo.

Gustaba al Beato Escrivá de Balaguer repetir que la vida cristiana no es otra cosa que la unión con Cristo, hasta tal punto de que el cristiano perpetúa en su vida la misión del Hijo de Dios¹³. Los cristianos deben actuar como «sacerdotes de la propia existencia», santificando este mundo especialmente a través del propio trabajo. En cualquier caso, se trata de una realidad que está al alcance de todos y que, a la vez, es heroica, pues se pide que en el ejercicio de este sacerdocio cada uno convierta su vida en un holocausto, es decir, en una existencia totalmente entregada al cumplimiento de la voluntad de Dios. Se nos pide a todos «discurrir hacia el término último y radical del amor que Jesucristo ha manifestado al morir por nosotros»¹⁴.

11. Ibid.

12. Sobre la importancia de la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer en torno al sacerdocio de los fieles, cfr. M. MERCEDES OTERO, *El «alma sacerdotal» del cristiano*, en Vv. Aa., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, Pamplona 1985, 293-319.

13. Agudamente comenta el Profesor Rodríguez: «Lo que Mons. Escrivá comprendió con fuerza y claridad extraordinarias es que el cristiano también y precisamente en cuanto unido a Cristo en la actividad secular —santificación del trabajo—, es Cristo en la Cruz. Cristo levantado ante el mundo, ante los compañeros de profesión: es Cristo —exaltado en medio de la historia humana—, al que poder mirar para ver. Hablando teológicamente: comprendió que Dios quería (...) que la actividad secular del cristiano, en su más abarcante extensión, fuese signo e instrumento de la Cruz redentora de Cristo: es decir, que manifestase al mundo el amor salvífico que está en la Cruz de Cristo y fuese a la vez camino, instrumento para que la Cruz del Señor atrayese hacia sí *pántas* y *tá pánta*: las personas y las cosas, los ambientes, la vida social, las realidades espirituales y materiales» (P. RODRÍGUEZ, o.c., p. 347).

14. *Es Cristo que pasa*, n. 98.

Pero no se puede olvidar que el acontecimiento de la cruz, que da sentido a la historia, es él mismo, a su vez, un acontecimiento histórico en el que concurren en todo su dramatismo las libres decisiones de los hombres¹⁵. Se trata, por ello, de una definitiva manifestación de que el Verbo, al encarnarse, ha querido redimir la historia *desde dentro* de esa misma historia, a través de concretos acontecimientos verdaderamente pertenecientes a la historia.

Jesús cumple su misión permaneciendo fiel a ella en medio de los avatares de su tierra y de su época. La radicalidad de la cruz —la entrega total de Jesús a su quehacer redentor— debe llevar al cristiano a plantearse su quehacer en el mundo también con total radicalidad y con total cercanía a ese mundo suyo, *redimiéndolo* desde dentro, apreciando en toda su dimensión teológica esos mismos acontecimientos de una historia que no está previamente determinada, sino que se va desarrollando según las actuaciones de los hombres. Una historia que se fragua en la conjunción de la gracia de Dios y la cooperación —o el rechazo— de los hombres, en una providencial *synergia*.

En consecuencia, el cristianismo no puede concebirse como un conjunto de prácticas o actos de piedad desconectados de «su relación con las situaciones de la vida corriente», sino como algo directísimamente relacionado «con la urgencia de atender a las necesidades de los demás y de esforzarse por remediar las injusticias»¹⁶, es decir, como algo directamente relacionado con la concepción del *hacer la historia* como una tarea que Dios propone al hombre.

Por esto, la cruz se convierte en una llamada a los cristianos para que vivan intensamente su propio tiempo, «incitándonos a participar con todas las fuerzas en las vicisitudes y en los problemas de la historia humana»¹⁷. Las palabras están cuidadosamente escogidas. La cruz no da al cristiano la solución concreta de los conflictos, interrogantes e instancias que su época

15. He aquí una consideración al hilo de la primera estación del *via crucis* en la que se pone de relieve que en el drama de la Pasión se cumplen las profecías; no se «representa» algo «previamente escrito», sino que se les da cumplimiento con el ejercicio de la libertad de quienes son auténticos actores del drama: «Jesús está solo. Quedan lejanos aquellos días en que la palabra del Hombre-Dios ponía luz y esperanza en los corazones, aquellas largas procesiones de enfermos que eran curados, los clamores triunfales de Jerusalén cuando llegó el Señor montado en un manto pollino. ¡Si los hombres hubieran querido dar otro curso al amor de Dios! ¡Si tú y yo hubiésemos conocido el día del Señor!» (*Via crucis*, I Estación).

16. *Es Cristo que pasa*, n. 98.

17. *Ibid.*, n. 99

le planteará con frecuencia y, en más de una ocasión, con dramatismo. El cristiano ha de vivir su tiempo no como quien tiene unas soluciones míticas que aplicar automáticamente a los problemas, sino sencillamente viviendo sus avatares como un hombre que participa junto a los demás hombres —hombro con hombro— en la búsqueda de solución a los problemas y en la construcción del futuro.

Hay un evidente sentido común en esta afirmación, nada *triumfalista*. Hay también una evidente llamada a la humildad. El cristiano está llamado a *participar* junto con los demás hombres en la búsqueda de solución a los problemas. Al mismo tiempo, se nota aquí una clara conciencia de la dimensión divina de esta noble tarea humana. El amor de Cristo a este mundo, manifestado en la cruz hasta el extremo, lleva al cristiano a participar con todas sus fuerzas en la construcción de su historia. El misterio de la cruz —en el que se revela la fuerza de la maldad que anida en los corazones humanos y que es también expiación de este mal y signo del amor de Dios a este mundo—, lleva al cristiano a lo que Mons. Escrivá de Balaguer describió en ocasión solemne con la expresión *Amar al mundo apasionadamente*¹⁸.

En efecto, quien no capta la relación directa que tiene el cristianismo con las situaciones de la vida corriente y con la urgencia «de esforzarse por remediar las injusticias», no ha comprendido todavía «lo que significa que el Hijo de Dios se haya encarnado, que haya tomado cuerpo, alma y voz de hombre, que haya participado en nuestro destino hasta experimentar el desgarramiento supremo de la muerte»¹⁹.

Este pensamiento lleva a que el cristiano se sienta en la historia como en su propia patria. Está inmerso en ella como todo hombre de su época y de su pueblo; está inmerso, además, específicamente porque, unido a Cristo, participa con El de su amor sacerdotal a su mundo y a su tiempo, y se sabe continuador en ellos de su misión redentora, mejor dicho, se siente con la responsabilidad de hacerla presente en su tiempo y en su mundo. De ahí la afirmación rotunda: «En esa historia, que se inició con la creación del mundo y que terminará con la consumación de los siglos, el cristiano no es un apátrida»²⁰; le atan a ella su realidad humana y la contundencia de su misión de cristiano.

18. *Amar al mundo apasionadamente*, Homilía pronunciada el 8.IX.1967, y publicada en *Conversaciones*.

19. *Es Cristo que pasa*, n. 98.

20. *Ibid.*

4. *La indeterminación de la historia*

Estas consideraciones de Mons. Escrivá de Balaguer —que han de entenderse en un contexto claramente encarnacionista— muestran un pensamiento y unas vivencias cristianas que ponen de relieve el carácter teológico de la secularidad de los fieles cristianos. Nada más ajeno a su vocación que el «refugiarse en el templo, encongiéndose de hombros ante el desarrollo de la sociedad, ante los aciertos o las aberraciones de los hombres y de los pueblos»²¹. Puede decirse que la contemplación del misterio de la cruz lleva derechamente al Beato Escrivá de Balaguer a rechazar las pretensiones de quienes en el siglo pasado intentaron encerrar a la Iglesia en la sacristía, y reducir la religión a la esfera de la vida privada, como si el mensaje de las bienaventuranzas no interpelase también el ámbito de lo público.

La cruz de Cristo, que expresa un amor infinito de Dios a esta tierra (cfr Jn 3, 16), manifiesta al mismo tiempo su absoluto respeto a la libertad humana y al discurrir de la historia, que tiene lugar según las acciones —y también las omisiones— de los hombres. Conviene tener presente algo que ya se ha hecho notar: que la misma muerte de Cristo fue un acontecimiento histórico en su más pleno sentido; aunque profetizada, no fue un *drama* que estuviera previamente escrito y que los demás —Judas, Pilato etc.— *representasen* como quien representa un papel que le ha tocado interpretar, sino que fue un auténtico acontecimiento en el que intervinieron con todas sus fuerzas las fidelidades, los apasionamientos y las cegueras de las voluntades humanas. Esta consideración lleva al Beato Escrivá de Balaguer a la profunda convicción de que la historia humana no está previamente escrita, y a rechazar la pasividad *resignada* ante el mal calificándola de actitud no cristiana. Esta convicción se ve reforzada, además, por el pensamiento de que el Señor no fuerza las libertades humanas ni siquiera para salvarnos: «No destruye el Señor la libertad del hombre: precisamente El nos ha hecho libres. Por eso no quiere respuestas forzadas, quiere decisiones que salgan de la intimidad del corazón»²².

En consecuencia, la contemplación de la cruz de Cristo llevará al Beato Escrivá de Balaguer a un esmerado respeto hacia las libertades que deben forjar la historia. «Si interesa mi testimonio personal —escribe—, puedo decir que he concebido siempre mi labor de sacerdote y de pastor

21. Ibid.

22. *Es Cristo que pasa*, n. 100.

de almas como una tarea encaminada a situar a cada uno frente a las exigencias completas de su vida, ayudándole a descubrir lo que Dios, en concreto, le pide, sin poner limitación alguna a esa independencia santa y a esa bendita responsabilidad individual, que son características de una conciencia cristiana. Ese modo de obrar y ese espíritu se basan en el respeto a la trascendencia de la verdad revelada y en el amor a la libertad de la humana criatura. Podría añadir que se basa también en la certeza de la indeterminación de la historia, abierta a múltiples posibilidades, que Dios no ha querido cerrar»²³.

De ahí la exigencia de respetar la libertad de cada uno a la hora de construir la historia. El cristiano está llamado a amar apasionadamente esta tierra nuestra y, por eso, a construir su propia época; al mismo tiempo, ha de construir su época participando junto a sus hermanos los hombres en la búsqueda de soluciones, y corriendo los mismos riesgos. Y ha de correr estos riesgos eligiendo libremente y respetando a su vez las libres elecciones de los demás.

La «encarnación» en este mundo que postula el misterio de la cruz se desvirtuaría si se realizase en forma unívoca, como si los problemas no tuviesen más que una única solución, o la historia no estuviese abierta a múltiples posibilidades. Una forma de «encarnación» monolítica —que en más de un momento puede parecer más eficaz que el respeto a las diversas opciones—, sería desvirtuar el cristianismo mismo reduciéndolo en definitiva a una ideología terrena: «Sería empequeñecer la fe, reducirla a una ideología terrena, enarbolando un estandarte político-religioso para condenar, no se sabe en nombre de qué investidura divina, a los que no piensan del mismo modo en problemas que son, por su propia naturaleza, susceptibles de recibir numerosas y diversas soluciones»²⁴.

5. *Amar la historia y trascenderla*

Pero si la cruz llama al cristiano a la construcción de la historia, le llama también a trascenderla, es decir, a no quedar prisionero en ella: «No han sido creados los hombres tan sólo para edificar un mundo lo más justo posible, porque —además— hemos sido establecidos en la Tierra para en-

23. *Es Cristo que pasa*, n. 99.

24. *Ibid.*

trar en comunión con Dios mismo»²⁵. El amor a esta tierra y el apasionamiento por construir la historia no nos deben hacer olvidar que estamos de paso y que la plenitud del reino de Dios pertenece al más allá de la historia de este mundo que pasa. El reino de Dios llega a su plenitud precisamente con la consumación de la historia.

La cruz de Cristo —subraya Mons. Escrivá de Balaguer citando el conocido himno *Vexilla regis prodeunt*— es triunfo. «En ese himno se nos invita a cantar y a celebrar el glorioso combate del Señor, el trofeo de la Cruz, el preclaro triunfo de Cristo: el Redentor del Universo, al ser inmolado, vence. Dios, dueño de todo lo creado, no afirma su presencia con la fuerza de las armas, y ni siquiera con el poder temporal de los suyos, sino con la grandeza de su amor infinito»²⁶.

No debe confundirse la construcción de la historia con la búsqueda del poder, como si la solución de los graves problemas que aquejan a este mundo pasase por el hecho de que los cristianos detentasen el poder político o el económico. El misterio de la historia y de la salvación está mucho más allá de las configuraciones políticas o de las vicisitudes del poder, aunque también en estas realidades deba manifestarse la salvación operada por Cristo. Pero ni el triunfo de Cristo ni el éxito de la misión cristiana están en dependencia del éxito temporal de los cristianos, pues Dios «no afirma su presencia con la fuerza de las armas, y ni siquiera con el poder de los suyos». Confesar que Cristo triunfa en la cruz lleva consigo plantear las cosas en otra dimensión. También el apostolado cristiano: «El cristiano es sal y luz del mundo no porque venza o triunfe, sino porque da testimonio del amor de Dios»²⁷.

6. *La cruz de Cristo como victoria*

Nos hemos referido ya a la influencia de Jn 12, 32 en la vida personal de Mons. Escrivá de Balaguer. Estas palabras joánicas, al igual que los otros anuncios de la Pasión contenidos en el evangelio de San Juan²⁸, se refieren a la cruz de Cristo en su dimensión de exaltación y victoria. He

25. Ibid., n. 100

26. Ibid.

27. Ibid.

28. Es llamativo el distinto tono que tienen los anuncios de la Pasión en los Sinópticos y en San Juan. En este se habla siempre de la cruz como elevación o exaltación (cfr Jn 3, 14-15; 8, 28; 12, 32).

aquí cómo el mismo Beato Escrivá de Balaguer describe su experiencia espiritual en unos apuntes íntimos: «Llegó la hora de la Consagración: en el momento de alzar la Sagrada Hostia (...) vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinarias, aquello de la Escritura: *et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Jn 12, 32). Ordinariamente, ante lo sobrenatural, tengo miedo. Después viene el *ne timeas*, soy Yo. Y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas»²⁹.

El Beato Escrivá de Balaguer vuelve a citar Jn 12, 32, en una *Instrucción* dirigida a los miembros del Opus Dei en 1934: «Carísimos: Jesús nos urge. Quiere que se le alce de nuevo, no en la Cruz, sino en la gloria de todas las actividades humanas para atraer a sí todas las cosas (Jn 12, 32)». Y en nota, comenta Mons. Alvaro del Portillo: «El Señor, con estas palabras que nos ha conservado San Juan en su Evangelio, afirmaba que cuando muriera en lo alto de la Cruz, se haría la obra de la Redención: este es el sentido literal. La luz nueva que el Padre vio en este anuncio del Señor fue: *hemos de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas honestas*, trabajando en medio del mundo, en la calle —*somos gente de la calle*— para corregir con Jesús, para reconciliar las cosas del mundo con Dios, para que el Señor atraiga a sí todo. ¿Y cómo pondremos a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas? Haciendo nuestro trabajo ordinario —cada uno el suyo— lo mejor que podamos»³⁰.

29. *Apuntes íntimos*, n. 217. Este acontecimiento es rememorado muchas veces por el Beato Escrivá de Balaguer con extrema fidelidad, incluso en las palabras, a la narración hecha en estos *Apuntes*: «Aquel día de la Transfiguración, celebrando la Santa Misa en el Patronato de enfermos, en un altar lateral, mientras alzaba la Hostia, hubo otra voz sin ruido de palabras. Una voz, como siempre, perfecta, clara: *Et ego, si exaltatus fuero a terra omnia traham ad meipsum* (Joann XII, 32). Y el concepto preciso: no es en el sentido en que lo dice la Escritura; te lo digo en el sentido de que me pongáis en lo alto de todas las actividades humanas; que, en todos los lugares del mundo, haya cristianos, con una dedicación personal y libérrima, que sean otros Cristos» (*Carta* 29.XII.1947; 14.II.1966, n. 89). Y en una predicación de 1963: «...cuando un día, en la quietud de una iglesia madrileña, yo me sentía ¡nada! —no poca cosa, poca cosa hubiera sido aún algo—, pensaba: ¿tú quieres, Señor, que haga toda esta maravilla? (...) Y allá, en el fondo del alma, entendí con un sentido nuevo, pleno, aquellas palabras de la Escritura: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Joann XII, 32). Lo entendí perfectamente. El Señor nos decía: si vosotros me ponéis en las entrañas de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño..., entonces *omnia traham ad meipsum*! ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!» (*Meditación*, 27.X.1963) (Cfr P. RODRÍGUEZ, o.c., p. 340).

30. Cfr P. RODRÍGUEZ, o.c., 344.

Se trata de la intelección del texto de Jn 12, 32 bajo una luz nueva, que destaca la gloria de la cruz en la atracción que ejerce ahora a través de los cristianos. Este aspecto de la cruz será para el Beato Escrivá de Balaguer tema constante de meditación. Así lo narra en una entrevista publicada en 1968 en *L'Osservatore della Domenica*: «Desde hace muchísimos años, desde la misma fecha fundacional del Opus Dei, he meditado y he hecho meditar unas palabras de Cristo que nos relata San Juan: *Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Jn 12, 32). Cristo, muriendo en la Cruz, atrae a sí la Creación entera y, en su nombre, los cristianos, trabajando en medio del mundo, han de reconciliar todas las cosas con Dios, colocando a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas»³¹.

En *Via Crucis* volvemos a encontrar un texto paralelo en el que, a la vuelta de los años, se repite este pensamiento en forma casi idéntica: «¡Qué hermosas esas cruces en la cumbre de los montes, en lo alto de los grandes monumentos, en los pináculos de las catedrales!... Pero la Cruz hay que insertarla también en las entrañas del mundo. Jesús quiere ser levantado en alto, ahí: en el ruido de las fábricas y de los talleres, en el silencio de las bibliotecas, en el fragor de las calles, en la quietud de los campos, en la intimidad de las familias, en las asambleas, en los estadios... Allí donde un cristiano gaste su vida honradamente, debe poner con su amor la Cruz de Cristo, que atrae a Sí todas las cosas»³².

Poner la cruz de Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas no es otra cosa que hacer llegar hasta ellas la redención del Señor, realizándolas conforme al querer de Dios. Es lo mismo que ya hizo el Señor con su trabajo en la tierra. Jesús «era el *faber, filius Mariae* (Mc 6, 3), el carpintero, hijo de María. Y era Dios, y estaba realizando la redención del género humano, y estaba *atrayendo a sí todas las cosas*»³³, comenta el Beato Escrivá de Balaguer al referirse a los años de trabajo de Jesús durante la vida oculta. Otras veces utilizará unas conocidas palabras paulinas que tanto gustaban a San Pío X, para expresar esta misma idea: «*Instaurare omnia in Christo*, da como lema San Pablo a los cristianos de Efeso (Ef 1, 10); informar el mundo entero con el espíritu de Jesús, colocar a Cristo en la entraña de todas las cosas. *Si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Jn 12, 32), cuando sea levantado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí. Cristo con su Encarnación, con su vida de trabajo en Nazareth, con su predicación y milagros por las tierras de Judea y de Galilea,

31. *Conversaciones*, n. 59.

32. *Via Crucis*, XI Estación, n. 3.

33. *Es Cristo que pasa*, n. 14.

con su muerte en la Cruz, con su Resurrección, es el centro de la creación, Primogénito y Señor de toda criatura»³⁴.

Instaurar todas las cosas en Cristo y poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas son frases que se intercambian en la pluma de Mons. Escrivá de Balaguer, y que se encuentran estrechamente relacionadas con la presencia del reino de Dios entre los hombres. Precisamente en una homilía pronunciada el día de Cristo Rey de 1970 nos vuelve a salir al paso el mismo pensamiento: «Cristo, Señor Nuestro, fue crucificado y, desde la altura de la Cruz, redimió al mundo, restableciendo la paz entre Dios y los hombres. Jesucristo recuerda a todos: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Jn 12, 32), todo lo atraeré hacia mí. ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!»³⁵.

La consideración del aspecto glorioso de la cruz preside su comentario al quinto misterio doloroso del Santo Rosario: «Jesús Nazareno, Rey de los judíos, tiene dispuesto el trono triunfador. Tú y yo no lo vemos retorcerse, al ser enclavado: sufriendo cuanto se pueda sufrir, extiende sus brazos con gesto de Sacerdote Eterno»³⁶. Puede decirse que se encuentra presente aquí la rica teología que subyace a los hermosos y mayestáticos crucificados bizantinos. Determina este pensamiento —que se repite insistentemente— la consideración de que es el Amor quien ha llevado a Cristo a la Cruz: «Es el Amor lo que ha llevado a Jesús al Calvario. Y ya en la Cruz, todos sus gestos y todas sus palabras son de amor, de amor sereno y fuerte. Con ademán de Sacerdote Eterno, sin padre, ni madre, sin genealogía (cfr. Heb VII, 3), abre sus brazos a la humanidad entera»³⁷.

Y es que «en la Pasión, la Cruz dejó de ser símbolo de castigo para convertirse en señal de victoria. La Cruz es el emblema del Redentor: *in quo est salus, vita et resurrectio nostra*: allí está nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección»³⁸.

7. Llevar la cruz

El mensaje espiritual del Beato Escrivá de Balaguer es de un recio y concreto realismo. De ahí que el fuerte subrayado con que destaca la dimensión gloriosa de la Cruz de Cristo no anule su aspecto doloroso, lo

34. Ibid., n. 104.

35. Ibid., n. 183.

36. *Santo Rosario*, Quinto misterio doloroso.

37. *Via Crucis*, XI Estación.

38. *Via crucis*, II Estación, n. 5.

que *Hebreos* llama «el oprobio de la cruz» (Hebr 12, 2); de ahí también que casi constantemente, al hablar de la participación del cristiano en la cruz de Cristo, señale la realidad divina que se encuentra oculta bajo la apariencia de su oprobio³⁹.

Es claro que la identificación con Cristo pasa necesariamente por la participación en su cruz; cargar la cruz sobre los propios hombros constituye, pues, parte imprescindible del seguimiento de Cristo. En *Camino*, el Beato Escrivá coloca significativamente este número como apertura del capítulo dedicado a describir al apóstol, a enumerar sus características más destacables: «¿La Cruz sobre tu pecho?... —Bien. Pero... la Cruz sobre tus hombros, la Cruz en tu carne, la Cruz en tu inteligencia.— Así vivirás por Cristo, con Cristo y en Cristo: solamente así serás apóstol»⁴⁰.

Se recoge aquí toda una teología de la cruz. Ya se ha señalado que para el Beato Escrivá la cruz viene considerada principalmente en su dimensión gloriosa, aunque no se olviden sus aspectos dolorosos. Por eso, esta insistencia en que la cruz abarque todo el ser del apóstol ha de entenderse primordialmente no como participación en una determinada mortificación, sino como identificación con todo el misterio de la cruz en las facetas de oprobio y gloria que le son propias.

Se ha dicho con razón que la centralidad del misterio de la cruz exige que toda la teología sea una «teología crucificada», poniendo de relieve con

39. Es frecuente encontrar frases llenas de amor —de ardiente elevación mística— en torno al sufrimiento. He aquí algunos ejemplos: «Contigo, Jesús, ¡qué placentero es el dolor y qué luminosa la oscuridad!» (*Camino*, n. 229); «¡Bienaventuradas malaventuras de la tierra! —Pobreza, lágrimas, odios, injusticia, deshonor... Todo lo podrás en Aquel que te confortará» (*Camino*, n. 716). Comenta I. de Celaya: «Quienes hemos tenido la dicha de conocer y tratar al Fundador del Opus Dei, somos testigos de la profunda verdad vivida que traslucen estas palabras suyas: *El camino de nuestra santificación personal pasa, cotidianamente, por la Cruz: no es desgraciado ese camino, porque Cristo mismo nos ayuda y con El no cabe la tristeza. In laetitia nulla dies sine cruce!*, me gusta repetir; con el alma traspasada de alegría, ningún día sin Cruz» (I. DE CELAYA, *Unidad de vida y plenitud cristiana*, en VV. AA., Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei, cit., 337).

40. *Camino*, n. 929. A este respecto, me parece particularmente atinada la forma en que el profesor Rodríguez describe la concepción de la secularidad del Beato Escrivá de Balaguer: «La secularidad cristiana —o, sencillamente, la secularidad, pues ésta es un concepto teológico— es siempre una secularidad crucificada con Cristo en la Cruz, y precisamente por eso, por ser esa Cruz la de Cristo, es gloriosa, es fascinante, está atravesada de la alegría de Dios: *Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón —lo veo con más claridad que nunca— es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios*» (P. RODRÍGUEZ, o.c., p. 349).

esta expresión que el pensar teológico ha de tener «la forma» de la cruz. Algo parecido se está diciendo en este número de *Camino*: no basta que la cruz esté en el pecho; es necesario que configure todo el ser del creyente, también su inteligencia. No se trata primordialmente, como es obvio, de que la inteligencia esté «mortificada», sino de que esté conformada, *configurada* por la Cruz. Puede decirse que la cruz abarcando al creyente en todo su ser tiene una dimensión y un significado equivalentes al de las expresiones con que el Beato Escrivá de Balaguer propone como ideal apostólico la cruz metida en las entrañas del mundo, es decir, la cruz configuran-do todas las relidades terrenas.

Como es natural, esa cruz aparece subrayada en su aspecto doloroso a la hora de hablar del crucifijo. Con un gran sentido de la pedagogía del símbolo, el Beato Escrivá solía colocar en los anteatorios de los centros de la Obra una cruz de palo sin crucifijo. He aquí su significado: «Cuando veas una pobre Cruz de palo, sola, despreciable y sin valor... y sin Crucifijo, no olvides que esa Cruz es tu Cruz: la de cada día, la escondida, sin brillo y sin consuelo..., que está esperando el Crucifijo que le falta: y ese Crucifijo has de ser tu»⁴¹. Y un poco más adelante, fiel a la estrecha relación establecida entre cruz y trabajo, escribe: «Me preguntas: ¿por qué esa Cruz de palo? — Y copio de una carta: 'Al levantar la vista del microscopio, la mirada va a tropezar con la Cruz negra y vacía. Esta Cruz sin Crucificado es un símbolo. Tiene una significación que los demás no verán. Y el que, cansado, estaba a punto de abandonar la tarea, vuelve a acercar los ojos al ocular y sigue trabajando: porque la Cruz solitaria está pidiendo unas espaldas que carguen con ella'»⁴².

8. La cruz, signo más

Ni la vida ni la muerte del Señor pueden instrumentalizarse al servicio de intereses humanos o de divisiones partidistas. Refiriéndose a los cru-

41. *Camino*, n. 178.

42. *Camino*, n. 277. Idéntico consejo encontramos en *Via crucis*: «Antes de empezar a trabajar, pon sobre tu mesa o junto a los útiles de tu labor, un crucifijo. De cuando en cuando, échale una mirada... Cuando llegue la fatiga, los ojos se te irán hacia Jesús, y hallarás nueva fuerza para proseguir en tu empeño. Porque ese crucifijo es más que el retrato de una persona querida —los padres, los hijos, la mujer, la novia...—; El es todo: tu Padre, tu Hermano, tu Amigo, tu Dios, y el Amor de tus amores» (*Via crucis*, XI Estación, n. 5).

cifijos, a las cruces que se levantan sobre los caminos o sobre las sepulturas, escribe: «Hay que unir, hay que comprender, hay que disculpar. No levantes jamás una cruz sólo para recordar que unos han matado a otros. Sería el estandarte del diablo. La Cruz de Cristo es callar, perdonar y rezar unos por otros, para que todos alcancen la paz»⁴³.

No en vano el Beato Escrivá recuerda constantemente, como se ha visto, que la Cruz es el lugar en que Dios reconcilia todas las cosas consigo. La *atracción* sobre la creación entera que el Crucificado ejerce desde la Cruz es en sí misma un reconciliación. De ahí que la cruz sea considerada como un «signo más», el signo que indica la suma, la unión.

El llamamiento a cargar con la propia cruz, especialmente en las ocupaciones de cada día, no es un llamamiento sin más a una ascética a secas. Estos pensamientos han de complementarse con aquellos otros en los que el Beato Escrivá aconseja el trato con el crucificado con la gráfica expresión que ya se ha visto: *meterse en las llagas del Crucificado*. «Métete en las llagas de Cristo Crucificado.— Allí aprenderás a guardar tus sentidos, tendrás vida interior, y ofrecerás al Padre de continuo los dolores del Señor y los de María, para pagar por todas tus deudas y por todas las deudas de los hombres»⁴⁴. Un poco más adelante recoge la experiencia de la fecundidad ascética de este consejo: «¡Verdaderamente es amable la Santa Humanidad de nuestro Dios! — Te ‘metiste’ en la Llaga santísima de la mano derecha de tu Señor, y me preguntaste: ‘Si una Herida de Cristo limpia, sana, aquieta, fortalece enciende y enamora, ¿qué no harán las cinco, abiertas en el madero?’»⁴⁵.

Por ello, en los consejos ascéticos del Beato Escrivá de Balaguer, la meditación de la Pasión implica la contemplación de sus múltiples aspectos: «Manantial inagotable de vida es la Pasión de Jesús. Unas veces renovamos el gozoso impulso que llevó al Señor a Jerusalén. Otras, el dolor de la agonía que concluyó en el Calvario... O la gloria de su triunfo sobre la muerte y el pecado. Pero, ¡siempre!, el amor —gozoso, doloroso, glorioso— del Corazón de Jesucristo»⁴⁶.

43. *Via crucis*, VIII Estación, n. 3.

44. *Camino*, n. 288.

45. *Camino*, n. 555.

46. *Via crucis*, XII Estación, n. 3.

9. *La enseñanza cristiana sobre el dolor*

La consideración cristiana de la Cruz del Señor, la fe en que la salvación del género humano ha sido conquistada mediante el dolor del Redentor, lleva al Beato Escrivá de Balaguer directamente a la consideración teológica del dolor humano. Embargado por el misterio de la cruz, el Beato Escrivá de Balaguer escribió con la rotundidad de la juventud este pensamiento en *Camino*: «Yo te voy a decir cuáles son los tesoros del hombre en la tierra para que no los desperdicies: hambre, sed, calor, frío, dolor, deshonra, pobreza, soledad, calumnia, cárcel...»⁴⁷. Las frases son fuertes. Tienen sin embargo el sabor de una honda y universal tradición cristiana, apoyada en la misma razón que hacía a San Andrés saludar con gozo la cruz en que había de ser crucificado.

Frases como esta denotan una clara vibración mística. No otra cosa evoca esta frase, también de *Camino*, que el Fundador del Opus Dei recitó con frecuencia y ayudó a recitar emocionadamente a muchos enfermos terminales: «Bendito sea el dolor. —Amado sea el dolor. —Santificado sea el dolor... ¡Glorificado sea el dolor!»⁴⁸. Como es obvio, no se trata de un sentimentalismo más o menos generoso para con los que sufren, sino del hondo convencimiento del papel redentor que puede jugar el dolor, del valor del sufrimiento: «¡Cómo ennoblecemos el dolor, poniéndolo en el lugar que le corresponde (expiación) en la economía del espíritu»⁴⁹. De ahí su predilección por los niños y por los enfermos, el considerarlos como un tesoro, pues en ellos se refleja en forma especial el rostro sufriente del Señor: «—Niño. —Enfermo. —Al escribir estas palabras, ¿no sentís la tentación de ponerlas con mayúscula? Es que, para un alma enamorada, los niños y los enfermos son El»⁵⁰.

Embargado por el misterio de la cruz de Cristo, el Beato Escrivá de Balaguer lleva a sus oyentes hacia la vivencia cristiana del dolor, reciamen- te, sin fáciles concordismos y sin escamotear lo que este tiene de incom- prensible para la mente humana durante el estado de caminante: «La ense- ñanza cristiana sobre el dolor —escribe ya casi al final de su Homilía sobre la muerte de Cristo—, no es un programa de consuelos fáciles. Es, en pri- mer término, una doctrina de la aceptación de ese padecimiento, que es de hecho inseparable de toda vida humana (...) La escena del Calvario procla-

47. *Camino*, n. 194.

48. *Camino*, n. 208

49. *Camino*, n. 234.

50. *Camino*, n. 419.

ma a todos que las aflicciones han de ser santificadas, si vivimos unidos a la Cruz»⁵¹.

La victoria de Cristo sobre el dolor tiene una doble faceta: en primer lugar, la victoria definitiva, que se dará en la consumación de la historia y que consiste en la total aniquilación del dolor y de la muerte, pues en la Jerusalén celeste *la muerte no existirá más, ni habrá duelo* (Apoc 21, 4); en segundo lugar, la victoria ya presente, y que consiste precisamente en que se da al hombre la posibilidad de cambiar de signo al dolor, al hacerlo colaborador de la Redención. En la fe en esta doble victoria se apoya incommoviblemente la fortaleza cristiana ante el dolor, «porque las tribulaciones nuestras, cristianamente vividas, se convierten en reparación, en desagravio, en participación en el destino y en la vida de Jesús, que voluntariamente experimentó por Amor a los hombres toda la gama del dolor, todo tipo de tormentos»⁵².

En este convencimiento se apoya también la decisión cristiana de luchar infatigablemente contra el dolor de los demás y la injusticia. En efecto, con la seguridad de que la Vida es más poderosa que la muerte, el cristiano intenta aliviar a Cristo, cuyo dolor se prolonga en el hombre que sufre: «La actitud de un hijo de Dios no es la de quien se resigna a su trágica desventura, es la satisfacción de quien pregunta ya la victoria. En nombre de ese amor victorioso de Cristo, los cristianos debemos lanzarnos por todos los caminos de la tierra, para ser sembradores de paz y de alegría con nuestras palabras y nuestras obras. Hemos de luchar —lucha de paz— contra el mal, contra la injusticia, contra el pecado, para proclamar así que la actual condición humana no es la definitiva; que el amor de Dios, manifestado en el Corazón de Cristo, alcanzará el glorioso triunfo espiritual de los hombres»⁵³.

Como le oíamos decir hace un momento, «la enseñanza cristiana sobre el dolor no es un programa de consuelos fáciles». La doctrina cristiana lleva nuestros ojos hacia la Cruz y nos invita a cada uno a seguir al Crucificado cargando con nuestra cruz de cada día. Es antes que nada una invitación al seguimiento de Cristo y a adquirir, en la experiencia entrañable de la cercanía a Jesús sufriente, algo de la sabiduría de la cruz. Esta sabiduría —que no se adquiere a golpes de fuerza de la fría razón, sino en el humilde seguimiento del Siervo de Yavé— nos lleva antes que nada a

51. *Es Cristo que pasa*, n. 168.

52. *Ibid.*

53. *Ibid.*

la santificación del dolor —de nuestro dolor—, colocándolo en el lugar que le corresponde según el plan salvador de Dios. Se trata de un esfuerzo gozoso en medio de lo áspero de la situación: el gozo proviene de la seguridad en la victoria de Cristo sobre el dolor y la muerte; proviene también de la certeza de que con este dolor nos unimos más íntimamente a El.

Al mismo tiempo, la certeza de la victoria definitiva de Cristo hace más profundo y sereno el empeño de los cristianos por desterrar de este mundo las injusticias y el mal. No quita vigor a la lucha por la justicia; sí, en cambio, le quita la histeria de la desesperanza o del odio, convirtiéndola en lo que, con frase feliz, el Beato Escrivá de Balaguer gustaba llamar una hermosísima guerra que lleva la paz en sus entrañas. Se trata de una lucha que forma parte de la vasta tarea apostólica del cristiano: hacer llegar al mundo entero el Amor de Dios, la salvación operada por Cristo en el Calvario, pues en Cristo y en la Cruz de Cristo el Padre «reconcilia consigo todas las cosas en El, pacificando con la sangre de la cruz así las de la tierra como las del cielo» (Col 1, 20). De ahí que, como escribe el Beato Escrivá de Balaguer en su homilía titulada *El Corazón de Cristo, paz de los cristianos*, «un cristiano que viva unido al Corazón de Jesús no puede tener otras metas: la paz en la sociedad, la paz en la Iglesia, la paz en la propia alma, la paz de Dios que se consumará cuando venga a nosotros su reino»⁵⁴.

L. F. Mateo-Seco
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

54. · Ibid.